

Introducción

La liturgia, con palabras del Concilio Vaticano II, es «*la cumbre y la fuente de la vida de la Iglesia*» (SC 10) y, por lo tanto, es *cumbre* y es *fuentes* en la vida de cada cristiano en particular y en especial de quien está dedicado a la alabanza divina por una consagración especial. Por esta razón, se exige que los creyentes, sea cual sea su condición y ministerio eclesial, se acerquen a ella considerando que es Dios mismo quien actúa y quien se manifiesta. Esta condición epifánica de la liturgia hace que cada celebración litúrgica produzca un encuentro entre el Dios que se manifiesta y el cristiano que acoge la vida de Dios.

Por ello, la forma con que el cristiano se sitúa ante la celebración no es indiferente; la liturgia no soporta «espectadores» y quien asiste a una celebración necesariamente ha de verse afectado interiormente. El objeto de esta lección inaugural es precisamente mostrar estos extremos, considerando el «qué» y el «cómo» de la participación.

Pensamos que, ahora como siempre, es muy necesario volver sobre aquellos «*altiora principia*» que guiaron la reforma litúrgica impulsada por el Concilio Vaticano II, conocerlos, valorarlos y hacerlos operativos en nuestra vida y en la vida de nuestras comunidades cristianas. Pues, la distancia en el tiempo desde que fueron solemnemente enunciados, ha provocado que, en algunos ámbitos eclesiales, hayan sido puestos bajo sospecha. Sin embargo, pensamos que la sospecha o crítica que surge acerca de la reforma litúrgica no se dirige a ni a la Constitución *Sacrosanctum Concilium*, ni a la reforma misma, ni a los libros litúrgicos publicados, sino que se orienta, más bien, a la deficitaria o errónea puesta en práctica de dicha reforma o a los abusos que han florecido solapados bajo una mala entendida participación o adaptación o acercamiento de la liturgia al pueblo de Dios; la sospecha hacia la reforma confunde, por lo tanto, el efecto con la causa¹.

Es por lo tanto, nuestro propósito mostrar cómo el *ars celebrandi* es la herramienta necesaria que ayuda a ministros y fieles a que la celebración resplandezca con toda su fuerza como lo que es realmente, cuando se actúa según la Iglesia: momento presente y actuante de la Historia de la Salvación. Dicho con otras palabras, el arte de celebrar es lo que propicia que se dé una auténtica y verdadera participación litúrgica.

Antecedentes de la situación actual

Esta participación litúrgica, pedida por el Concilio Vaticano II con las características tan comentadas y repetidas (activa, consciente, fructuosa, piadosa, interna y externa)², no es una novedad creada *ex nihilo* por los padres conciliares. Más bien, la constitución *Sacrosanctum Concilium*, consagra y confirma el concepto de participación y lo sitúa dentro de la teología litúrgica en un camino sin retorno, extendiéndolo en toda su plenitud de significado e implicaciones.

La participación litúrgica fue uno de los ideales más buscados del movimiento litúrgico que nace a finales del siglo XIX y se desarrolla plenamente en el XX³. Éste fue, a su vez, heredero de los afanes de los siglos anteriores (desde el siglo XVII) en que figuras destacadas de la Iglesia reclamaban simplifica-

¹ A. GRILLO, «L' Ars celebrandi e la partecipazione attiva dell'assemblea», in *Celebrare per avere parte al mistero di Cristo. La partecipazione alla liturgia*, Roma 2009, 103.

² SC 14, 19, 48, 27, 28, 29, 30.

³ Cf. A.M. TRIACCA, «Participación» in *Nuevo diccionario de liturgia*, ed. D. Sartore, A.M. Triacca, J.M. Canals, Madrid 1987³, 1546-1573.

ciones de los ritos en orden a su mayor inteligencia⁴. Este movimiento litúrgico urgió una verdadera y consciente participación de los fieles en la vida litúrgica de la Iglesia.

Para comprender en toda su amplitud estas aspiraciones se hace necesario mostrar el contexto litúrgico y eclesial en que nacieron. La reforma litúrgica llevada a cabo por los papas una vez concluido el Concilio de Trento, significó una verdadera y auténtica purificación de la liturgia, que se había sumergido en una grave decadencia: infiltrada, en ocasiones, de muchos elementos supersticiosos; recargada en lo que se refiere a las celebraciones de los santos, de suerte que el misterio de Cristo quedaba casi oculto; sometida a la arbitrariedad de los celebrantes, en muchas ocasiones con poca formación, que añadían y suprimían según su gusto personal y devociones; etc. Para salvar la liturgia, el Concilio de Trento propone volver la vista a la norma de los santos padres (*ad pristinam sanctorum patrum normam*). Sin embargo, el desconocimiento de las fuentes litúrgicas más antiguas y la necesidad de rebatir los ataques de la Reforma imposibilitaron la consecución plena de este objetivo.

El resultado desde el punto de vista de la participación de los fieles fue muy limitado y pobre. Esta participación se reducía prácticamente a la contemplación de la arquitectura, de las imágenes y de la pintura que tenían por objeto provocar la emoción de los fieles, exaltar la presencia de Cristo en la Eucaristía y el valor sacrificial de la misma, y celebrar la santidad de la Iglesia; en lo que se refiere a la música, la participación se reducía a la escucha de las composiciones musicales que, para animar el gusto, caían, muy a menudo, en lo profano y lo teatral.

Los catecismos hablaban de «asistir» a Misa o de «escuchar» la Misa; en ella, los fieles escuchaban sin poder comprender ni intervenir; y seguían el Canon que el sacerdote recitaba en voz baja tratando de meditar los distintos momentos de la Pasión del Señor, ayudándose de manuales que interpretaban alegóricamente cada momento de la celebración. Todas las respuestas a las oraciones pronunciadas por el sacerdote eran recitadas por los ministros: diácono, subdiácono, acólito; la comunión fue cada vez más infrecuente hasta el punto de que, por ejemplo, el rito de la Misa Pontifical no sólo no preveía la distribución de la comunión sino que era expresamente prohibida⁵.

El contexto y la situación teológica sobre los sacramentos y, especialmente, sobre la Misa son descritos así por el Papa emérito:

Para una cierta teología manualística, lo que interesaba en los sacramentos y también en la Eucaristía era esencialmente la validez, y por lo tanto el momento de la consagración. La teología eucarística había sido reducida a un problema ontológico y jurídico, todo el resto era considerado como un conjunto de ceremonias bellas, interesantes, interpretables o no en un sentido alegórico, pero no como la realidad en la que se realiza la Eucaristía. Fue necesario descubrir que la liturgia no es sólo un conjunto de ceremonias que persiguen dar cierta duración y solemnidad a la consagración, sino que éstas son el mundo del Sacramento en cuanto tal⁶.

La participación litúrgica en el Concilio Vaticano II y la reforma litúrgica

Éste fue el *humus* teológico y magisterial del que se nutrió la constitución conciliar *Sacrosanctum Concilium*. La cuestión litúrgica, no puede ponerse en duda, fue un asunto de primer orden para el Concilio Vaticano II; así lo constató el Papa Juan Pablo II veinticinco años después: «*La renovación litúrgica es el fruto más visible de la obra conciliar. Para muchos el mensaje del Concilio Vaticano II ha sido percibido ante todo mediante la reforma litúrgica*»⁷. Al mismo tiempo, la cuestión de la consciente participación de los fieles constituye la verdadera piedra de toque de la reforma acometida por mandato del

⁴ Véase figuras destacadas como J. Mabillon (1632-1707), E. Martène (1654-1739), P. Le Brun (1661-1739), M. Ch. Chardon (1745). L. A. Muratori (1672-1750); Sailer (1741-1832) y Möler (1796-1838), P. Guéranger (1805-1875).

⁵ Cf. P. SORCI, «La partecipazione istanza fondamentale del rinnovamento liturgico», in *Celebrare per avere parte al mistero di Cristo. La partecipazione alla liturgia*, Roma 2009, 69.

⁶ J. RATZINGER, *Opera Omnia*. XI. *Teologia della liturgia*, Città del Vaticano 2010, 751.

⁷ JUAN PABLO II, *Vicesimus Quintus annus*, 12.

Concilio Vaticano II, como lo fue del Movimiento Litúrgico y del más significado magisterio eclesiástico del siglo XX. En verdad podemos decir que la activa participación es la idea dominante del Concilio; es a través de la participación piadosa, activa y plena, por medio de la cual los fieles tienen acceso a la comprensión y son insertados personalmente en el misterio de Cristo.

Así lo entendieron los órganos encargados de ejecutar la reforma que, a pocos meses de la promulgación de *Sacrosanctum Concilium* y con el Concilio aún por concluir, la Primera Instrucción General de la Sagrada Congregación de Ritos y el *Consilium* dice así:

Ante todo, es indispensable que todos estén persuadidos de que el objetivo de la Constitución del Concilio Vaticano II sobre la sagrada liturgia no es solamente cambiar unos ritos y textos litúrgicos, sino más bien promover una educación de los fieles y una acción pastoral que tengan la sagrada liturgia como su cumbre y su fuente. En efecto, todos los cambios introducidos hasta el presente en la liturgia y todos los que se introducirán en el futuro no tienen otra finalidad. La razón de ser de esta acción pastoral centrada en la liturgia es hacer que se traduzca en la vida el misterio pascual, en el que el Hijo de Dios, encarnado y hecho obediente hasta la muerte de cruz, es exaltado en su resurrección y ascensión, de suerte que pueda comunicar al mundo la vida divina, por la que los hombres, muertos al pecado y configurados con Cristo, «*ya no vivan para sí, sino para él que murió y resucitó por ellos*» (2Co 5,15)⁸.

No vamos a estudiar cada una de las veintiséis⁹ veces que la Constitución Conciliar recurre a las palabras *participar* y *participación*, pero sí que destacaremos algún principio esencial.

Sacrosanctum Concilium ampliando la presentación de *Mediator Dei*, vincula la participación de los fieles en estrecha relación con la celebración litúrgica concreta y «en acto», haciendo inseparable la forma ritual y la activa participación. De hecho, el programa de reforma que se pide no hace otra cosa sino vincular estos dos extremos:

Para que en la sagrada Liturgia el pueblo cristiano obtenga con mayor seguridad gracias abundantes, la santa madre Iglesia desea proveer con solicitud a una reforma general de la misma Liturgia. En esta reforma, los textos y los ritos se han de ordenar de manera que expresen con mayor claridad las cosas santas que significan y, en lo posible, el pueblo cristiano pueda comprenderlas fácilmente y participar en ellas por medio de una celebración plena, activa y comunitaria¹⁰.

Es más, aunque hoy nos parece algo perfectamente normal, asumido y coherente, la Constitución pide que «*en la revisión de los libros litúrgicos, téngase muy en cuenta que en las rúbricas esté prevista también la participación de los fieles*»¹¹, dado que en los libros litúrgicos precedentes, como ya hemos apuntado, esta realidad no aparecía expresamente considerada sino que el interlocutor del presidente era un ministro, no la asamblea en su totalidad.

La liturgia no es un razonamiento ni una idea o un discurso, tampoco es catequesis, doctrina o formación moral. Aunque no se pueda contraponer a todas éstas, la liturgia es «acción» y celebración del misterio, y se realiza «*per ritus et preces*» (gestos y palabras inseparablemente unidos); por lo tanto, es lógico pensar que la participación de los fieles tenga que ejercerse en la misma acción litúrgica: «*la Iglesia, con solícito cuidado, procura que los cristianos no asistan a este misterio de fe como extraños y mudos espectadores, sino que comprendiéndolo bien a través de los ritos y oraciones, participen consciente, piadosa y activamente en la acción sagrada*» (SC 48). La reforma litúrgica, por lo tanto, no acomete una reestructuración de los ritos en orden a una mejor comprensión intelectual del misterio sino que se lleva a cabo para promover una experiencia vital del misterio en el creyente, experiencia que acontece en, por y a través de la concreta y actual celebración litúrgica. Así se comprende que el sentido de esta participación no viene expresado por que cada uno de los miembros de la asamblea litúrgica ejecute algo distinto sino

⁸ *Inter Oecumenici*, 5-6 del 26 de septiembre de 1964.

⁹ *Participatio*: SC 12, 14, 19, 26, 27, 30, 41, 50, 55, 79, 114, 121, 124; *Participare*: SC 8, 10, 11, 17, 21, 33, 48, 53, 56, 85, 90, 106, 113.

¹⁰ SC 21.

¹¹ SC 31.

porque todos toman parte en la acción común. Se desenmascara así el equívoco, tan generalizado en algunos ámbitos tras el Concilio, de confundir la participación con el activismo, y las legítimas acomodaciones con la improvisación ritual y conceptual al margen del libro litúrgico. Es éste un asunto muy repetido por el Papa Benedicto XVI quien ha señalado frecuentemente lo errónea que fue la praxis post-conciliar en la que el carácter didáctico ha llegado a ser excesivo¹². El Papa constata que «*desgraciadamente, la expresión [participación] muy pronto fue entendida en un sentido exterior y se ha reducido a la necesidad de hacer algo común, como si se tratara de hacer entrar el mayor número posible de personas, el mayor número de veces posible y de modo visible a todos*»¹³.

En el mismo sentido se expresa la Instrucción *Redemptionis Sacramentum*¹⁴ cuando enumera los lugares de participación de los fieles en la celebración:

Para promover y manifestar una participación activa, la reciente renovación de los libros litúrgicos, según el espíritu del Concilio, ha favorecido las aclamaciones del pueblo, las respuestas, salmos, antífonas, cánticos, así como acciones, gestos y posturas corporales, y el sagrado silencio [...]. Además, se ha dado un amplio espacio a una adecuada libertad de adaptación, fundamentada sobre el principio de que toda celebración responda a la necesidad, a la capacidad, a la mentalidad y a la índole de los participantes, conforme a las facultades establecidas en las normas litúrgicas. En la elección de los cantos, melodías, oraciones y lecturas bíblicas; en la realización de la homilía; en la preparación de la oración de los fieles; en las moniciones que a veces se pronuncian; y en adornar la iglesia en los diversos tiempos; existe una amplia posibilidad de que en toda celebración se pueda introducir, cómodamente, una cierta variedad para que aparezca con mayor claridad la riqueza de la tradición litúrgica y, atendiendo a las necesidades pastorales, se comunique diligentemente el sentido peculiar de la celebración, de modo que se favorezca la participación interior. También se debe recordar que la fuerza de la acción litúrgica no está en el cambio frecuente de los ritos, sino, verdaderamente, en profundizar en la palabra de Dios y en el misterio que se celebra. Sin embargo, por más que la liturgia tiene, sin duda alguna, esta característica de la participación activa de todos los fieles, no se deduce necesariamente que todos deban realizar otras cosas, en sentido material, además de los gestos y posturas corporales, como si cada uno tuviera que asumir, necesariamente, una tarea litúrgica específica.

Así mismo, la participación litúrgica de *Sacrosanctum Concilium* sólo puede comprenderse si se consideran otros principios acerca de la concepción de la misma liturgia y de la Iglesia, enunciados por la misma Constitución conciliar: la liturgia contemplada como inserción en la historia de la salvación y como actualización del misterio pascual (SC 6), la liturgia como cumbre y fuente de la vida de la Iglesia (SC 10), la Iglesia vista como sujeto integral de toda acción litúrgica (SC 11, 19, 28, 30, 31), y los bautizados como miembros del Cuerpo de Cristo y de un pueblo sacerdotal (SC 14, 48, 84). Sólo a partir de estos cimientos se puede arribar a un concepto de participación auténtico y situado en la órbita de la reforma litúrgica.

No obstante como premisa primera y fundamental hemos de afirmar que «*la clave de la participación litúrgica, o comunión con el misterio de Cristo, está en la fe, pues si la liturgia tiene por objeto que entremos en relación con Dios, y es la fe, en cuanto virtud teologal, la que nos pone en contacto con Dios, es lógico que no se dé la participación, o la comunión, o la experiencia, o el contacto con Dios sin el ejercicio de la virtud de la fe*»¹⁵.

El proceso histórico, descrito hasta ahora de manera sucinta, es sintetizado, con la pedagogía y genialidad que le caracteriza, por el Papa emérito Benedicto XVI en la introducción al volumen sobre teología litúrgica de su *Opera Omnia*:

¹² J. RATZINGER, *Opera Omnia*. XI. *Teologia della liturgia*, Città del Vaticano 2010, 779.

¹³ J. RATZINGER, *Opera Omnia*. XI. *Teologia della liturgia*, Città del Vaticano 2010, 162.

¹⁴ CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, *Instrucción Redemptionis Sacramentum*, 39-40.

¹⁵ P. FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, «Actuosa participatio. Participación plena, consciente y activa», in *La liturgia en los inicios del tercer milenio. A los XL años de la Sacrosanctum Concilium*, ed. Asociación Española de Profesores de Liturgia, Baracaldo 2004, 202.

Se podría decir que en 1918, la liturgia se parecía, en cierto sentido, a un fresco, que fue conservado ciertamente intacto, pero casi escondido con un yeso posterior: en el Misal según el cual celebraba el sacerdote, la estructura estaba enteramente presente así como se había desarrollado desde los orígenes, pero para los fieles estaba bastante escondida bajo normas y formas de oraciones privadas. Gracias al movimiento litúrgico y, en definitiva, gracias al Concilio Vaticano II, el fresco se ha descubierto y e, inmediatamente, nos quedamos fascinados de la belleza de sus colores y de sus imágenes. Pero con el paso del tiempo, se presenta el peligro de ser afectado por las condiciones climáticas y restauraciones y reconstrucciones de todo tipo, con la amenaza de ser destruido si no se hace lo necesario para contrarrestar estos influjos dañinos. Naturalmente el fresco no debe ser cubierto de nuevo con yeso, pero sí se hace necesario un nuevo profundo respeto ante él, una nueva comprensión de su mensaje y de su realidad para que el descubrimiento no se convierta en la primera fase de una pérdida definitiva¹⁶.

Un importante punto de llegada: el *Ars celebrandi* y *Sacramentum Caritatis*¹⁷

La exhortación apostólica postsinodal *Sacramentum Caritatis* del papa emérito Benedicto XVI vincula la activa participación de los fieles con el arte de celebrar. Mientras que el concepto y la realidad de la participación es algo que, como hemos visto, tiene un recorrido histórico muy largo, el *ars celebrandi* es relativamente nuevo en la documentación eclesial. Podríamos afirmar que esta expresión «traduce la lógica general del “participar” en la lógica más específica y más “técnica” del celebrar»¹⁸ y nace precisamente cuanto la atención de la Iglesia no se centra en la presentación de los nuevos textos y ritos porque la publicación de los libros litúrgicos ya ha concluido, pero se constata la necesidad de precisar algunos puntos que no han sido correctamente aplicados por la práctica pastoral, poco interesada, en ocasiones, en la fidelidad al espíritu genuino de la liturgia o por la deficiente claridad y precisión en los mismos libros litúrgicos. El arte de celebrar significa, por lo tanto, la tarea que debe hacer la Iglesia por transcribir la participación activa de los fieles sobre todos los registros de la celebración, de manera que sin *ars celebrandi* no hay verdadera participación¹⁹ y esto se consigue por medio de una adecuada celebración.

Este es el punto de partida de Benedicto XVI al abordar el tema del *ars celebrandi* en *Sacramentum Caritatis* 38:

En los trabajos sinodales se ha insistido varias veces en la necesidad de superar cualquier posible separación entre el *ars celebrandi*, es decir, el arte de celebrar rectamente, y la participación plena, activa y fructuosa de todos los fieles. Efectivamente, el primer modo con el que se favorece la participación del Pueblo de Dios en el Rito sagrado es la adecuada celebración del Rito mismo. El *ars celebrandi* es la mejor premisa para la *actuosa participatio*.

Inmediatamente el Papa concreta este *ars celebrandi* en «la obediencia fiel a las normas litúrgicas en su plenitud» (SCar 38). Esta obediencia no se justifica por una obediencia ciega a la ley sino por una razón teológica y eclesial importante: «la vida de fe de todos los creyentes». De esta manera, el arte de celebrar busca, ante todo y sobre todo, el bien de los creyentes que participan en la liturgia y no se somete al capricho o arbitrariedad de nadie. Esta indicación sobre la obediencia no sólo se dirige a los ministros ordenados, a quienes dedica el número siguiente, sino que está hablando de todo el pueblo de Dios a quien, con palabras del apóstol san Pedro, llama «sacerdocio real» y «nación santa» (1Pe 2,9); este pueblo de Dios es urgido a la fidelidad a los libros litúrgicos, mostrando que es esa fidelidad la que ha posibilitado la vida de fe de los bautizados en cada época de la historia de la Iglesia. Se apunta así la dignidad del sacerdocio bautismal de todo cristiano, sacerdocio que se actúa de manera especial en la Eucaristía y se ejecuta por la participación en los misterios.

¹⁶ J. RATZINGER, *Opera Omnia*. XI. *Teologia della liturgia*, Città del Vaticano 2010, 25-26.

¹⁷ Del 22 de febrero del 2007.

¹⁸ A. GRILLO, «L’Ars celebrandi e la partecipazione attiva dell’assemblea», in *Celebrare per avere parte al mistero di Cristo. La partecipazione alla liturgia*, Roma 2009, 105.

¹⁹ Cf. A. GRILLO, «L’Ars celebrandi e la partecipazione», 106.

Podríamos preguntarnos sobre el porqué de esta preocupación del papa sobre las normas. Creo que es necesario conocer la naturaleza del rito, y del rito litúrgico en concreto, para dar respuesta a esta pregunta. El rito se enraíza en la ser más profundo del hombre. Necesitamos ritos y los usamos constantemente aunque no somos conscientes de ello. Y el rito, por su misma definición, tiene una connotación de fijeza y de repetición. No es un rito aquel gesto que se realiza una única vez y no es un rito lo que continuamente se improvisa o no se somete reglas que le den estabilidad y posibiliten que sea reconocido por un grupo humano determinado. Todo esto es válido para el rito litúrgico de la Iglesia si además le añadimos la carga sobrenatural, pues el rito litúrgico no sirve únicamente para que el hombre creyente se exprese sino que es el medio por el que Dios se acerca al hombre y le comunica su vida y su salvación²⁰.

Siendo honestos, además, hemos de reconocer que el respeto a la normativa litúrgica no es sólo una preocupación del papa emérito; en tiempos de Pablo VI, la instrucción *Liturgicae instaurationes*²¹, en los inicios de la aplicación de la reforma litúrgica, ya señalaba esta exigencia, señalando la especial responsabilidad que los sacerdotes tienen sobre ello:

La eficacia de las acciones litúrgicas no radica en someter los ritos a frecuentes experiencias y renovaciones, ni en tratar de simplificarlos cada vez más, sino en profundizar cada vez más en la palabra de Dios y en el misterio celebrado, que ven asegurada su presencia si se observan los ritos de la Iglesia y no los que un determinado sacerdote pudiera establecer fiado de su propio talento. Téngase presente, además, que las adaptaciones de los sagrados ritos, llevadas a cabo por la iniciativa privada de un sacerdote, ofenden la dignidad de los fieles y abren las puertas al individualismo y al personalismo en unas celebraciones sagradas que son acciones de toda la Iglesia. En efecto, el ministerio sacerdotal es ministerio de la Iglesia y no puede ser ejercido sino en la obediencia y comunión con la jerarquía y en el afán de servicio a Dios y a los hermanos. El carácter jerárquico de la liturgia, su valor sacramental y el respeto debido a la comunidad de los fieles exigen que el sacerdote cumpla su servicio de culto como «administrador de los misterios de Dios», sin introducir rito alguno que no esté previsto y autorizado por los libros litúrgicos.

Sin perder el valor de esta exigencia exterior y formal, el *ars celebrandi* es también una exigente invitación a la interioridad. En una de sus respuestas al clero, Benedicto XVI advierte el equívoco que puede producir la consabida expresión «*ars celebrandi*» por la identificación del «ars» con una mera habilidad o maestría vacía de contenido. No se trata de buscar una perfecta ejecución dramática de los ritos; por el contrario, es el arte de entrar en comunión con el Señor:

El elemento fundamental de la verdadera *ars celebrandi* es, por tanto, esta consonancia, esta concordia entre lo que decimos con los labios y lo que pensamos con el corazón. En otras palabras, el *ars celebrandi* no pretende invitar a una especie de teatro, de espectáculo, sino a una interioridad, que se hace sentir y resulta aceptable y evidente para la gente que asiste. Sólo si ven que no es un *ars* exterior, un espectáculo —no somos actores—, sino la expresión del camino de nuestro corazón, entonces la liturgia resulta hermosa, se hace comunión de todos los presentes con el Señor²².

Efectivamente existen dos extremos, dos riesgos que minan la autenticidad de la celebración cristiana y, por consiguiente, del *ars celebrandi*: el primero es el esoterismo, muy próximo a la magia que podría explicarse como la tendencia a pensar que cuanto menos se comprenda lo que se dice o hace, más se acerca al misterio; el segundo es la rutina y el automatismo, que llevan a no encarnar lo que se expresa en las palabras y los gestos, dando lugar bien a un vacío formalismo, bien a un rubricismo mecánico y banal²³.

Siguiendo con el tema de los sacerdotes, el Papa emérito Benedicto XVI dedica un número entero²⁴ de su Exhortación al *ars celebrandi* que debe guiar al clero, destacando de manera relevante la figura del

²⁰ Véase sobre la dimensión ritual de la celebración: JULIÁN LÓPEZ MARTÍN, *En el Espíritu y la verdad. Introducción teológica a la liturgia I*, Salamanca 1987², 215-217.

²¹ Tercera Instrucción general para aplicar debidamente la Constitución *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada liturgia, publicada por la Sagrada Congregación para el Culto divino (5 de septiembre de 1970).

²² Encuentro con los sacerdotes de la diócesis de Albano. Sala de los Suizos, Palacio Pontificio de Castelgandolfo, jueves, 31 de agosto de 2006.

²³ Cf. CENTRO DI PASTORALE LITURGICA FRANCESE, *Ars celebrandi*, Magnano 2008, 12.

²⁴ SCar 39.

Obispo como «liturgo por excelencia»; a él se le atribuyen las tareas de ser *guía, promotor, custodio y salvaguarda* de la vida litúrgica y de la «unidad concorde» de la diócesis que le ha sido confiada.

Todos los ministros ordenados, tal y como se desprende de los ritos de ordenación y en virtud de ella, «*han de considerar la celebración como su deber principal*» y, en este deber, debe incluirse el procurar la participación activa y fructuosa de todos, mediante la comprensión de los ritos y los textos. Una vez más, este aspecto de *Sacramentum Caritatis* ya fue anunciado en la respuesta al clero anteriormente señalada, donde, después de mostrar la celebración como oración y coloquio del sacerdote con Dios²⁵, se indica como necesario para un buen *ars celebrandi* la asimilación de la estructura misma de la celebración y de sus contenidos:

Debemos también aprender a comprender la estructura de la liturgia y por qué está articulada así. [...]. En la medida en que interioricemos esta estructura, en que comprendamos esta estructura, en que asimilemos las palabras de la liturgia, podremos entrar en consonancia interior, de forma que no sólo hablemos con Dios como personas individuales, sino que entremos en el «nosotros» de la Iglesia que ora; que transformemos nuestro «yo» entrando en el «nosotros» de la Iglesia, enriqueciendo, ensanchando este «yo», orando con la Iglesia, con las palabras de la Iglesia, entablando realmente un coloquio con Dios.

Estas afirmaciones dejan entrever una concepción del ministro ordenado que no es propietario de la liturgia sino que ha de ser su fiel y humilde servidor o, lo que es lo mismo, implica el reconocimiento de la liturgia como un don de Dios: «*La atención y la obediencia de la estructura propia del ritual, a la vez que manifiesta el reconocimiento del carácter de la Eucaristía como don, expresan la disposición del ministro para acoger con dócil gratitud dicho don inefable*»²⁶. Precisamente porque el sacerdote está llamado a actuar «*in persona Christi et in nomine ecclesiae*», no puede deformar la liturgia en virtud de sus opiniones o gustos personales ni añadir, cambiar o agregar nada arbitrariamente, como señala la OGMR²⁷.

Por esta razón, y en consonancia con la importancia de las normas litúrgicas, *Sacramentum Caritatis* destaca la importancia de las formas exteriores entre las que se destacan la armonía del rito, los ornamentos litúrgicos, la decoración, el lugar sagrado²⁸, el arte²⁹ y el canto³⁰. En este sentido, podríamos decir con un juego de palabras que si el arte de celebrar es celebrar con arte, las obras de arte nos ayudan a ello.

Como hemos visto anteriormente se ha enunciado el principio de la interioridad; ahora corresponde aplicar el *ars celebrandi* a lo que se percibe por los sentidos, sin olvidar que «*las estructuras rituales, los gestos y textos de la celebración son ventanas abiertas al misterio*»³¹. Las formas exteriores han de permitir translucir lo que no se ve y deben favorecer el sentido de lo sagrado: «*per visibilia ad invisibilia*»; ello es el resultado de un conjunto de variadas formas de comunicación: «*palabra y canto, gestos y silencios, movimiento del cuerpo, colores litúrgicos de los ornamentos [...] la sencillez de los gestos y la sobriedad de los signos, realizados en el orden y en los tiempos previstos, comunican y atraen más que la artificiosidad de añadiduras inoportunas*»³².

Para que este *ars celebrandi* de lo tangible pueda operarse es necesario, según la Exhortación, que «*los sacerdotes y los responsables de la pastoral litúrgica se esfuercen en dar a conocer los libros litúrgicos vigentes y las respectivas normas, resaltando las grandes riquezas de la Ordenación General del*

²⁵ «La primera exigencia para una buena celebración es que el sacerdote entable realmente este coloquio. Al anunciar la Palabra, él mismo se siente en coloquio con Dios. Es oyente de la Palabra y anunciador de la Palabra, en el sentido de que se hace instrumento del Señor y trata de comprender esta palabra de Dios, que luego debe transmitir al pueblo».

²⁶ SCar 40.

²⁷ Ordenación General del Misal Romano, 24: «recuerde [el sacerdote] que él se halla al servicio de la sagrada Liturgia y no les es lícito añadir, quitar ni cambiar nada según su propio gusto en la celebración de la Misa».

²⁸ SCar 40.

²⁹ SCar 41.

³⁰ SCar 42.

³¹ M. AUGÈ, «Il messale romano di Paolo VI e Giovanni Paolo II. Sviluppo nella continuità», *Rivista Liturgica* 3 (2010) 355.

³² SCar 39.

Misal Romano y de la Ordenación General de las Lecturas de la Misa»; una vez más, se recuerda la importancia del libro litúrgico como testimonio histórico de la fe y como garante de ella: «*En realidad, son textos que contienen riquezas que custodian y expresan la fe, así como el camino del Pueblo de Dios a lo largo de dos milenios de historia*»³³.

Es precisamente la tradición más antigua de la Iglesia con las catequesis mistagógicas de los santos padres, la que nos enseña que en los primeros siglos, los signos litúrgicos se percibían no como algo que infunde sentido de lo sagrado por su oscuridad, sino como signos que manifiestan y hacen accesible la presencia salvífica del Señor. En el tiempo de los santos padres los fieles son introducidos en la participación en los santos misterios a través de la comprensión de las palabras y de los gestos, iluminados por la Sagrada Escritura y explicados en su contexto celebrativo³⁴.

Será, por lo tanto, tarea del *ars celebrandi* el hacer brillar de nuevo con todo su esplendor los gestos y las palabras de la celebración para que sean comprendidos y vividos de forma que los fieles puedan dejarse alcanzar por el misterio a través de ellos. El arte de celebrar hace que los muy variados elementos que intervienen en la liturgia se dispongan de modo digno y armónico; es decir, pone en orden todo aquello que hay de visible, audible, tocable, oloroso en la celebración y que permite manifestarse al Invisible. Además no sólo consistirá en poner en buen orden los lugares, posiciones y posturas, las palabras y los gestos, las lecturas y los cantos; más aún, actúa en la capacidad de intervenir en los tiempos y espacios adecuados, en el tono justo de la comunicación, en una buena coherencia con lo que precede y lo que sigue y en buena correspondencia entre lo que se hace y lo que se dice³⁵.

Entre todos estos elementos, Benedicto XVI presta una especial atención al arte y al canto, dedicándoles dos números en su Exhortación³⁶. Vamos a destacar sencillamente, a modo de pinceladas, las notas más destacadas de cada uno.

El arte al servicio de la celebración no es sólo arte en sí mismo sino que además tiene una carga espiritual pues se debe orientar hacia la «*mistagogía sacramental*»³⁷; de decir, el arte está al servicio de la fe, la expresa y ayuda a la comprensión de lo celebrado en la liturgia y, al mismo tiempo, expresa la naturaleza de la Iglesia, cuyos miembros somos piedras vivas. Es por ello que la historia del arte cristiano y sus variadas manifestaciones en el tiempo, han de ser objeto de conocimiento y estudio para los seminaristas y sacerdotes y no puede ser olvidadas por arquitectos y artistas a la hora de afrontar reformas o nuevas construcciones en los espacios sagrados. Entre el muy variado abanico de artes que existen, se significa la arquitectura a la que se le exige la creación del espacio más apto para el desarrollo adecuado de la acción litúrgica de la Iglesia; en este espacio «*debe resaltar la unidad entre los elementos propios del presbiterio: altar, crucifijo, tabernáculo, ambón, sede*».

Finalmente, no se olvida este número de pedir la belleza para todos los objetos utilizados en la celebración: «*se debe también respetar y cuidar los ornamentos, la decoración, los vasos sagrados, para que, dispuestos de modo orgánico y ordenado entre sí, fomenten el asombro ante el misterio de Dios, manifiesten la unidad de la fe y refuercen la devoción*».

En lo que concierne al canto³⁸, el principio general es que se encuentra al servicio de las alabanzas que la Iglesia tributa a Dios especialmente en la liturgia y por esta razón «*debe estar en consonancia con la identidad propia de la celebración*»³⁹, considerando el sentido del misterio que se celebra, las partes

³³ Véase el paralelismo con las palabras de SCar 38.

³⁴ Cf. M. AUGÉ in <http://liturgia-opus-trinitatis.over-blog.it/article-partecipare-attraverso-la-comprensione-delle-parole-e-dei-gesti-53090591.html> (21 de agosto de 2010).

³⁵ Cf. CENTRO DI PASTORALE LITURGICA FRANCESE, *Ars celebrandi*, Magnano 2008, 9-10.

³⁶ «*El arte al servicio de la celebración*» (número 41) y «*el canto litúrgico*» (número 42).

³⁷ SCar 41.

³⁸ Véase: SECRETARIADO NACIONAL DE LITURGIA, *Canto y música en la celebración. Directorio Litúrgico-Pastoral*, Madrid 2007.

³⁹ SCar 42.

del rito y los tiempos litúrgicos. Advierte el Papa sobre el peligro de la fácil improvisación, de la introducción de géneros musicales no respetuosos del sentido de la celebración y de pensar que en la liturgia cualquier canto sirve. Por el contrario, se ha de valorar y conservar el patrimonio de fe y de amor que contienen las composiciones que la Iglesia ha realizado a lo largo de su bimilenaria historia y, de manera, especial se ha de considerar el canto gregoriano «*como canto propio de la liturgia romana*».

Con el tema del canto concluimos este breve repaso por los números que la Exhortación *Sacramentum Caritatis* trata sobre el *ars celebrandi* al servicio de la participación litúrgica, tema objeto de nuestro estudio. Sería necesaria ahora una concreción detallada de todos estos puntos desde una vertiente práctica y concreta en la que pudiéramos ver reflejadas nuestras celebraciones y nuestras comunidades. Sin embargo, este propósito excede nuestro espacio y nuestro tiempo.

A modo de conclusión quisiera traer las palabras de dos papas que, cada uno a su modo, exhortan a una vida cristiana auténtica que nace de la participación litúrgica y en la que ésta se posibilita por el *ars celebrandi*; ojalá sea una realidad en la vida de todos los cristianos y de forma especial de todos los consagrados:

«*El ars celebrandi expresa la capacidad de los ministros ordenados y de toda la asamblea, reunida para la celebración, de realizar y vivir el sentido de cada acto litúrgico. Es un arte que debe unirse al compromiso de contemplación y de coherencia cristiana. Por medio de los ritos y las oraciones, es preciso dejarse alcanzar y penetrar íntimamente por el misterio*»⁴⁰.

«*Es una tarea que todavía hoy les pido de ayudar a los ministros ordenados, como a los demás ministros, los cantores, los artistas, los músicos, a cooperar para que la liturgia sea fuente y culmen de la vitalidad de la Iglesia*»⁴¹.

⁴⁰ SAN JUAN PABLO II, Mensaje de Juan Pablo II a la asamblea plenaria de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos (3-III-2005).

⁴¹ PAPA FRANCISCO, Mensaje a los participantes en la 68ª Semana Litúrgica Nacional, organizada por el Centro de Acción Litúrgica (CAL) de Italia, a quienes recibió en Audiencia este 24 de agosto, en el Aula Pablo VI del Vaticano.